

EL DR. ZUBIA. UN BOTANICO DE LA RIOJA*

Julio L. Fernández Sevilla



NACIO D. ILDEFONSO ZUBIA E ICAZURIAGA en Logroño, el 23 de enero de 1819, y, según se cita ya en la "Enciclopedia Farmacéutica" de D. Mariano Pérez M. Mínguez —publicada en 1889, todavía en vida del Dr. Zubía—, era hijo de padres nobles pero de modesta posición, quedando huérfano de padre desde los seis años.

Inició sus estudios elementales y, en vista de las extraordinarias facultades que demostraba, protegido por familiares y amigos empezó y acabó los estudios de Filosofía en el Instituto del que más tarde fue catedrático, demostrando en todo momento sus aptitudes para el estudio y sus vigorosos avances intelectuales. Con todo, para ayudarse económicamente, recurre a su inteligencia y elabora una nueva fórmula para pasta de cerillas, la cual le produjo lo suficiente para que, a partir de entonces, no necesitara apoyos extraños.

Con un profundo sentido religioso, empezó la carrera eclesiástica, que tuvo que abandonar cuando por motivos políticos fueron cerrados los seminarios. Entonces ingresó como mancebo en la farmacia de D. José Ruiz, adquiriendo allí sus aficiones a las ciencias físicas y naturales, que fueron la base para que más tarde emprendiera la carrera de Farmacia. Para ello se trasladó a Madrid, donde realizó los estudios con gran aprovechamiento, alternándolos con su trabajo como practicante mayor en la farmacia de D. Pablo Androner, más tarde llamada de Bustos, hasta que, finalizada su carrera, fue nombrado Ayudante de la Cátedra de Físico-Química, mientras continuaba su carrera de Ciencias Naturales y realizaba el doctorado en Farmacia, que le fue concedido en 1843.

* Extracto del discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Riojanos (23 de enero de 1973).

Una vez alcanzado el doctorado y la licenciatura en Ciencias Naturales, se trasladó a Logroño, donde se le nombró interinamente catedrático de Historia Natural de su Instituto, obteniendo al año siguiente, mediante oposición, la plaza en propiedad.

También su antiguo amigo y maestro D. José Ruiz le cedió en inmejorables condiciones su oficina de farmacia de la calle Mayor, la cual convirtió en laboratorio botánico para todos los trabajos que a partir de entonces iba a emprender.

En 1847 ganó por oposición la Cátedra de Historia Natural de la Facultad de Ciencias de Oviedo, a la cual renunció tal vez porque su salud se resentía en el húmedo clima de Asturias, o —lo que parece más probable— por su fuerte amor a la Rioja y a Logroño, a donde regresó aquel mismo año, afincándose definitivamente en nuestra ciudad.

A partir de este momento, empieza ya sus recorridos por tierras de la Rioja y los Cameros, y nada escapa a su atenta mirada de investigador científico. Es nombrado director del Instituto, desempeña la Cátedra de Física del Seminario logroñés, encargado del Observatorio Meteorológico, vocal del Consejo Provincial de Agricultura, Industria y Comercio, Subdelegado de Sanidad, etc. Dejando aparte los cambios políticos en los que sin querer se vio envuelto —aunque siempre mantuvo su independencia de científico—, al final de su vida fue reconocida su valía incluso por sus oponentes, siendo nombrado el 15 de febrero de 1890 Comisario Regio de Agricultura, Industria y Comercio de la provincia de Logroño.

En medio de esta aureola de gloria que le acompañó en sus últimos años, una nube oscurece su dicha: el fallecimiento de sus hijos, Máximo, que era farmacéutico, y Fulgencio, ingeniero de Caminos, ambos con brillante porvenir y que, con su muerte, arrebataron las ilusiones de este gran hombre y aceleraron también la suya que sucedió en Logroño el 3 de junio de 1891.

Su personalidad

Son, sobre todo, sus contemporáneos Siboni y Bellogin los que, en su obra "Personajes y semblanzas o siluetas y bocetos del natural de distinguidos farmacéuticos contemporáneos", publicada en Barcelona en 1888, nos hacen su retrato de forma magistral.

Se destaca, en primer lugar, la modestia de este eminente sabio riojano, la cual constituyó, en frase de los autores, "un verdadero cas-

RESEÑA DE LA PROVINCIA DE LOGROÑO

COMO PRELIMINAR AL CONOCIMIENTO DE LA

FLORA DE LA RIOJA

ILDEFONSO ZUBÍA E ICAZURIAGA

DOCTOR EN FARMACIA, LICENCIADO EN CIENCIAS NATURALES Y CATEGÓRICO
QUE FUE DE HISTORIA NATURAL DEL INSTITUTO DE LOGROÑO

CON UN PRÓLOGO DE

ISMAEL DEL PAN

José M.ª Zubía

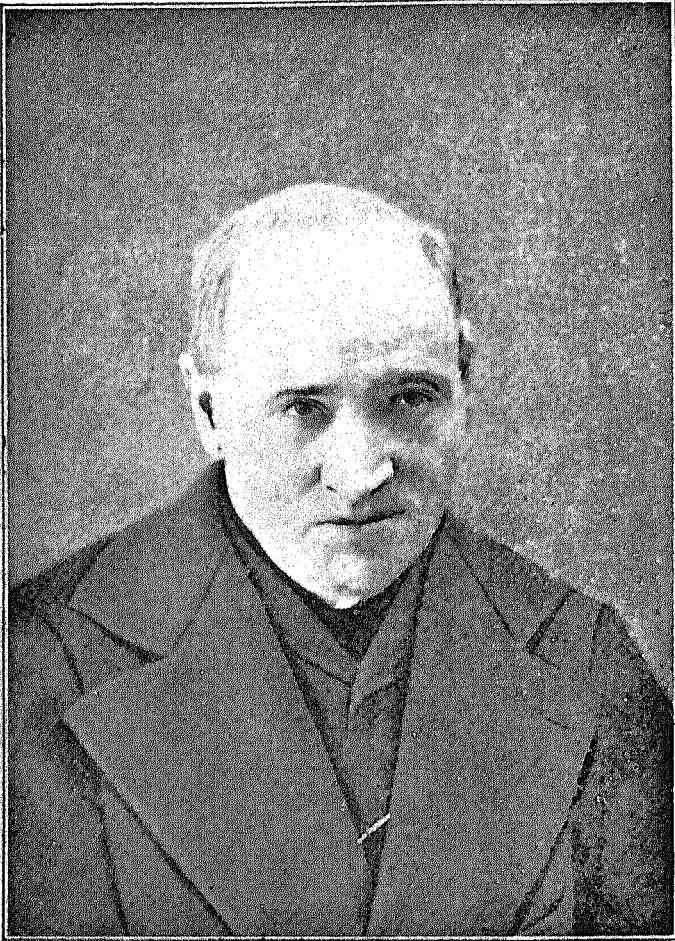


IMPRESA Y LIBRERÍA MODERNA

MERCADO, 120

LOGROÑO

Portada del libro "Flora de la Rioja".



D. ILDEFONSO ZUBIA E ICÁZURIAGA

tigo para los reporters, por sus consustanciales timideces”, pues sólo a través de la amistad era posible llegar a conocer su introvertida personalidad.

Si bien la fortuna le regateó en sus comienzos sus dones materiales, en cambio la naturaleza dotó pródigamente su inteligencia, y, desde sus primeros años, gozó de gran prestigio entre sus maestros y discípulos, destacando siempre su rara penetración, sus varoniles espontaneidades y la firmeza de su criterio científico.

Las anécdotas de su vida nos definen sus cualidades humanas. Cuando cursaba la asignatura “Materia Farmacéutica”, su catedrático, D. Martín de León, afirmaba cierto día “...que la naturaleza no producía medicamentos...”, y nuestro paisano aprovechó la oportunidad de las disertaciones con las que por aquel entonces se adiestraban los alumnos para contradecirle basándose en que “...si Dios hizo al hombre propenso a todo género de enfermedades, ha debido crear sustancias para combatirlas”. La sensación de su respuesta fue enorme, sobre todo en una época en que a la juventud escolar se le permitían todas las osadías menos enmendar la plana al maestro. El aforismo “magister dixit” condensaba la inviolabilidad de que gozaba el profesorado. Además, llegó el día de sostener sus opiniones frente al sabio catedrático, y Zubía, sereno y sin desconcertarle el aparatoso aspecto de los claustros del antiguo Colegio de San Fernando, rebatió la doctrina sustentada por aquél y respondió a las objeciones que se le hicieron. Los criterios de maestro y discípulo no llegaron a una avenencia, pero no porque el amor propio la estorbaba, sino por la severa inflexibilidad de sus mutuas convicciones.

En otra ocasión iba en ferrocarril con dirección a Panticosa y, al pasar por Castejón, vio en un ribazo que crecía una planta interesante para su flora. Bajó del tren en la estación y, sin comunicar a sus acompañantes su propósito, emprendió rápida marcha hacia atrás, hacia el lugar donde había visto la especie botánica objeto de su interés. Ante su desaparición, se produjo el consiguiente revuelo e impaciencia y, por temor a una desgracia, quedó el tren detenido unos minutos, hasta que, regresando a toda prisa, ante la sorpresa de los viajeros se le vio llegar gozoso con su ejemplar único en plena floración, y el tren prosiguió su camino con un pequeño retraso, que tal vez hizo adelantar algunos años a la ciencia botánica.

Cierto día, recogiendo plantas en las cercanías de La Grajera, actual finca de la Diputación, acompañado del después farmacéutico señor Presa, y, habiendo recogido una planta, le dijo a su entonces

discípulo: “ Yo creí que conocía las malvas y resulta que, después de tantos años dedicado a la Botánica, no conozco bien sus verdaderos caracteres. Esta es la verdadera “Malva Oficial”. Tenía razón Willkomm. En la Naturaleza toda la vida es poca para llegar a conocer la organización de uno de sus seres”.

Estos tres retazos de su vida muestran sus características humanas de alumno preocupado, consciente y luchador; de sabio distraído, obsesionado por su afición y sus trabajos y, finalmente, del gran científico que reconoce sin prejuicios sus propios errores.

Manifestó siempre sus preferencias por el sosiego provinciano y eligió a su querida Rioja para el campo de sus investigaciones y para la cátedra de sus enseñanzas a lo largo de casi cincuenta años. Sirvió de ejemplo a las generaciones que pasaron por sus aulas por el poder magnético de su pedagogía y su didáctica, que hizo que muchos de sus alumnos siguieran sus huellas y, gracias a su sabiduría y amable trato, conquistó, incluso, la admiración y el cariño de sus compañeros de claustro.

Por su independencia científica fue árbitro en los Tribunales de Justicia, siendo reclamado por su amabilidad y vocación de servicio para todo lo que de una u otra forma tuviera relación con su formación profesional, ya que sus conocimientos estaban siempre a disposición de todos.

Indiferente a los medros personales, recibió todos los cargos y honores como algo que debía soportar en la vida, aun en contra de su voluntad, y sus únicas vanidades se refieren siempre a su nativa vocación científica y botánica, que le proporcionó esas satisfacciones que la vida y sus contemporáneos no le prodigaron.

Difícilmente cambió su método de vida. Las primeras horas de la mañana eran para su oficina de farmacia, alternándola con la labor docente de su cátedra y, por la tarde, bien en su gabinete botánico o herborizando en sus excursiones campestres, descansaba, concentrado en su trabajo favorito, de las consultas e informes que continuamente le solicitaban.

Como final de este perfil humano, anoto las palabras que un contemporáneo suyo decía a su hijo —que fue más tarde catedrático de Historia Natural del Instituto de Toledo y prologuista de la obra principal de nuestro paisano— para responder a la pregunta de éste “¿Quién fue el Dr. Zubía?”, a lo cual contestó: “*Zubía fue un hombre todo corazón y que sabía mucho; procura imitarle*”.

Su obra

Iniciada su afición botánica al salir del Seminario en la farmacia de su maestro y amigo don José Ruiz, en la calle Mayor, fue años más tarde, en 1843, y en esa misma oficina, adquirida por él cuando se instaló en nuestra ciudad, donde comenzó su labor investigadora.

Cuando renunció definitivamente a la cátedra universitaria, se entregó con entusiasmo y febril actividad a formar el herbario de la Rioja. Centenares de excursiones por su querida región —no existiendo para él ni accidentes topográficos ni climatología adversa— rubrican su entrega y afán por su labor. Luego, en su gabinete de trabajo, la ímproba labor de su clasificación y el alborozo consiguiente del descubrimiento de una nueva especie y el sano orgullo de comunicación a sus colegas.

En su trabajo no sólo se conformaba con su clasificación, sino que estudiaba minuciosamente todas las partes de la planta, y sólo cuando algún carácter variaba en centenares de muestras se atrevía a pensar en la variedad nueva, describiéndola en latín, siguiendo las normas de concisión y exactitud del célebre Linneo. Penetrado su espíritu del lamarkismo y con un conocimiento grande de organografía, estudiaba las variaciones producidas por el medio y así la botánica no era para él pura taxonomía, sino algo vivo dentro del plan armónico del Creador.

Realizó el herbario de la Rioja que fue legado al Jardín Botánico de Madrid y al cual por diversas dificultades no hemos tenido acceso. Según nuestras noticias, está compuesto de cerca de cuatro mil cuatrocientas especies, de las que, al parecer, sólo una cuarta parte son de nuestra provincia, pero sí podemos añadir que quinientas sesenta son especies nuevas recogidas en la monumental obra “La Flora Europea”, publicada por el botánico francés Miguel Gandoger, en la que, empezando por la “Adonis *Zubiae*”, más de cincuenta de ellas llevan el nombre de nuestro paisano.

El resumen de su obra, después de muchas vicisitudes, y gracias a la voluntad de su nieto, don José María Zubía, y al apoyo que recibió éste del catedrático don Ismael del Pan, se publicó en nuestra capital en 1921. Consta de dos tomos; el primero, “*Reseña de la provincia de Logroño como preliminar al conocimiento de la flora de la Rioja*”, y el segundo referido a la parte descriptiva de la *Flora de la Rioja*, con un prólogo del ya citado don Ismael del Pan.

Refiriéndonos a la primera parte, hace un estudio exhaustivo de los factores físicos de la Rioja como medio ambiente en el cual se han

desarrollado las especies objeto de la segunda parte. Con el sentido práctico del naturalista, estudia con detalle la Rioja, su situación y límites, su orografía, hidrografía y fuentes minerales. Pero la base científica de su trabajo es la geología que, aunque no realizada enteramente por él, añade muchas observaciones sacadas de la labor realizada a lo largo de su dilatada vida. Así destacan, por ejemplo, las referentes a la evolución del Valle del Ebro a su paso por Logroño, donde supone que el mioceno formaba una meseta de la que quedaron como vestigios los cerros que la circundan cuando ésta fue arrastrada por las corrientes aluviales.

Es muy destacable la localización geográfica con los nombres naturales de los diversos terrenos geológicos, lo cual muestra claramente que fueron recorridos por Zubía. Todo ello viene ilustrado con láminas fotográficas que en diecinueve ilustraciones dejan la constancia de su paso y del sabor histórico de la época en que se realizaron.

Las minas también son objeto de sus precisas citas. Los filones, vetas o capas de minerales de hierro, cobre, carbones, yeso, sales, calizas, etc., quedan geográfica y geológicamente determinadas, valorando incluso la calidad de los mismos y haciendo un recuento de las minas denunciadas.

Siguiendo este trabajo, penetró también en el dominio de la espeleología, estudiando la Cueva Lóbrega de Torrecilla y la de Peña la Miel en Nieva, donde sus hallazgos fueron piedra angular para el conocimiento de la prehistoria riojana. Sus opiniones sobre la alimentación de los trogloditas, estudiando los huesos fracturados, según él, para sacar la médula, se vieron confirmadas en las controversias posteriores.

Los animales salvajes, tanto terrestres y aéreos como acuáticos, tampoco escaparon a sus observaciones. Los jabalíes, corzos, gamos y lobos, en las montañas. En los llanos y en la cuenca baja del Ebro, tejones, ginetas, gato montés, martas, nutrias, etc. Los pájaros: torcos, mirlos, oropéndolas, alondras, pinzones, estorninos, jilgueros, etc. En los ríos y lagunas, truchas, anguilas, barbos, tencas, zarbos y lampreas, etc., y ya de paso se refiere a la necesaria repoblación piscícola.

En cuanto al clima, hace un resumen de sus observaciones y, basándose en éstas y otros datos, indica su influencia en la vegetación y en la calidad de los cultivos, destacando la labor de la Diputación, que instaló seis observatorios meteorológicos a cargo de maestros en distintas zonas de las provincias.

La humedad, presión atmosférica, evaporación, lluvias, vientos,

diafanidad y luz son bases, a su juicio, del desarrollo de las plantas y de las características especiales que éstas poseen en nuestra región.

Finalmente, se refiere al suelo y subsuelo, indicando incluso la distribución de los cultivos y destacando la presencia de suelos salinos y de plantas adaptadas a ellos, lo cual le hace preguntarse si en épocas geológicas pasadas el Valle del Ebro pudo ser playa o marisma de algún mar.

En la segunda parte da rienda suelta a su afición botánica y nos muestra el catálogo completo de su fitografía riojana, con un total de 3.592 especies fanerógamas y 731 criptógamas.

Magistralmente clasificadas, cita el género, especie y nombre vulgar, seguidos del lugar de recogida y el mes en que la efectuó. Está ordenado en sentido inverso de complicación vegetal, según el método de los Ordenes y Familias del "Prodrómus Florae Hispaniae" de los autores alemanes Willkomm y J. Lange. Distingue las plantas espontáneas de las cultivadas y las procedentes de la Rioja de algunas recogidas por el autor en otras provincias y de las que no se tenía ninguna noticia en la nuestra.

Son destacables también sus estudios sobre muy diversos temas, como el realizado para establecer los puntos de vista diferenciales entre los aceites del algodón y del olivo, determinando así las adulteraciones comerciales, sus informes y análisis como los de las aguas de Riva los Baños y las sulfúricas de San Martín, sus conferencias y comunicaciones a reuniones y congresos, sus publicaciones en algunas revistas y anales de su época, en fin, su presencia viva siempre en la cultura de nuestra patria y de su querida provincia.

No quiero, sin embargo, en mi condición de agrónomo, dejar de destacar su actuación cuando a principios de la segunda mitad del pasado siglo la riqueza vitícola de la región se vio afectada por la aparición del mildiu. El Consejo Provincial de Agricultura, Industria y Comercio no vaciló en confiar al Dr. Zubía el examen de la enfermedad y así, como citan sus contemporáneos, "...no defraudó su trabajo al clasificar la "Perenospora" y precaver su propagación; por el lujo de detalles y por el vigor científico de sus conclusiones fue considerado el mejor estudio realizado hasta esas fechas...".

Por entonces, además, fue creada y situada en Aranjuez la primera Escuela de Ingenieros Agrónomos de España, y la Estación de Viticultura y Enología de Haro fue fundada en 1892, un año después

de su muerte, por lo que podemos considerarle, pues, como el precursor de lo que la Rioja necesitaba en materia de estudios agrícolas.

Su personalidad científica

Ya hemos mostrado reiteradamente su categoría nacional como sabio naturalista, en la que junto con Loscos y Casaviella forman la trilogía botánica española más importante del siglo pasado. Pero no podemos olvidar la categoría europea y, por tanto, mundial de nuestro paisano.

En el ya citado “*Prodromus Florae Hispaniae*” publicado por Willkom y Lange en Stuttgart, se cita al Dr. Zubía como uno de los más distinguidos botánicos del momento y se consignan las correctas clasificaciones de muchas plantas por él descubiertas.

El índice del “*Almanaque de químicos, físicos y astrónomos de las cinco partes del mundo*”, publicado en Boston en el año 1882, recoge también su nombre.

En la “*Botánica*” de Bellinch, traducida por Segovia, cita el autor que “...en el Jardín Botánico de Madrid existe un notabilísimo herbario formado por especies de la provincia de Logroño por el insigne naturalista don Ildefonso Zubía...”.

Ya hemos referido la altísima consideración científica que para el botánico francés Gandoger merecía el Dr. Zubía. Alemania, Estados Unidos, Inglaterra y Francia son también testigos de la reputación científica del modesto boticario y profesor que convivió con nuestros antepasados.

Además mantuvo relación con todos los colegas de su época a través de las sociedades que tenían el honor de contarle como uno de sus miembros. Así era socio corresponsal del Museo de Historia Natural, de la Academia de Medicina de Valladolid, de la Sociedad Española de Historia Natural, de la Academia de Ciencias Naturales, de la Linneana Matritense, de la Sociedad Botánica de Barcelona, etc., siendo además Presidente del Ateneo Logroñés, que tal vez fuera en su época la entidad equivalente a nuestro actual Instituto de Estudios Riojanos.

A pesar de los problemas políticos de entonces, se le otorgaron las Encomiendas de Isabel la Católica y Carlos III y varias Gracias de Real Orden por sus trabajos, algunos de los cuales fueron premiados cinco veces en la Exposición de Madrid, dos en la de Viena, dos en la Vinícola y cinco en la Provincial de Logroño.

* * *

Quiera Dios que este modesto homenaje nuestro sirva para revivir la vigorosa personalidad del Dr. Zubía, hijo predilecto de Logroño y al que un Ayuntamiento agradecido le dedicó la popular Glorietta que hará conservar su nombre en la memoria de todos los riojanos.

